

Ángel Marsá: «Subirachs, o el nuevo clasicismo», *El Correo Catalán*, 5 de marzo de 1967

La exposición de José María Subirachs en Sala Gaspar constituye un acontecimiento de largo alcance. El joven escultor reúne un amplio conjunto de su obra reciente. En ella se integra una marcada preocupación por asumir nuevos módulos plásticos y expresivos, y un acierto indudable en los hallazgos ya conseguidos, que son muchos y muy importantes.

La escultura actual niega toda posible supeditación incondicionada a la iconografía, en aras a una libertad creciente de la forma y a un desarraigo progresivo de la realidad inmediata. De ahí que se debata entre las soluciones abstractas y el subjetivismo más hermético y deshumanizado. Canceló todos los cánones vigentes otrora, y no quiso –o no supo– substituirlos por un nuevo preceptismo. Acaso en la vasta panorámica de la escultura de nuestro tiempo sólo hallaríamos en Henri Moore una decidida y decisiva preocupación canónica.

Cualesquiera otras aportaciones válidas a la plástica tridimensional de hoy, aún las más geniales, exaltan una dicción personal por encima de exigencias estéticas de un orden superior y riguroso. La escultura contemporánea, pues, y en mayor medida que las demás artes plásticas, se halla necesitada de este reencuentro salvador con el canon perdido.

En la obra reciente de Subirachs aparece con marcada evidencia esa perentoria reincorporación a un precepto o a una regla ordenadores. Con un grave sentido de la responsabilidad, que le honra, y una valentía tan infrecuente como necesaria, Subirachs se halla empeñado en la tarea de dotar a su escultura –a la escultura– de un módulo canónico nuevo. Pero esto no significa, en él, una mera actitud singularizadora o un regreso a las fórmulas periclitadas, sino un esfuerzo serio y consciente por reintegrarse a una tradición jamás prescrita. Ignorar o despreciar esta tradición únicamente puede conducir al plagio, según el conocido apotegma orsiano.

Sin temor a repulsas o incomprensiones de los bienhallados en una rebelión ya innecesaria por permanente y acomodaticia, Subirachs rompe con un pasado inmediato que se ha hecho consuetudinario, sin romper, no obstante, la coherencia de su arte, en todo momento fiel a la propia autenticidad. Pero el canon ha sido restaurado. El canon, y la preocupación por la obra bien hecha, por un hacer técnico minucioso y cabal, demasiado tiempo olvidado o menospreciado. La audacia del gesto radica en la serenidad de la obra. Y la noticia, proyectada al futuro, está en el regreso del arte a la pureza clásica, sin dejar de ser –o por serlo precisamente– testimonio vivo de su tiempo y del hombre de su tiempo, que equivale decir de todos los tiempos y de todos los hombres. Cuando el hombre traiciona al arte, el arte niega al hombre.

Y éste ha sido el drama de nuestra época, drama que Subirachs ha reducido a canon, con atisbo genial y como anticipo de un nuevo clasicismo.